

El lenguaje y el mundo.

Consideraciones en torno al relativismo.

Resumen

El pensamiento actual está dominado por lo que Rorty llamó el giro lingüístico, según el cual la filosofía contemporánea se caracterizaría por la toma de conciencia de la preponderancia del lenguaje sobre el mundo. Para la filosofía posmoderna, la realidad está conformada exclusivamente por juegos de lenguaje y no es posible ir más allá. En el plano cultural, esta forma de pensar ha dado lugar al relativismo, del cual se hace aquí una crítica, pero no a partir de los habituales tópicos racionalistas y positivistas, sino desde los instrumentos que proporciona una teoría de lo simbólico.

Palabras clave: Giro lingüístico, Filosofía del lenguaje, Posmodernidad, Objetividad, Subjetividad.

Rorty y el giro lingüístico

Existe un cierto consenso a la hora de considerar al pensamiento actual como inevitablemente condicionado por el llamado "giro lingüístico" de la filosofía contemporánea. El término lo popularizó el recientemente fallecido filósofo americano Richard Rorty, el cual, además de titular así uno de sus libros¹, ha utilizado este concepto como pieza clave en la construcción de sus peculiares postulados teóricos, mediante los que ha tratado de conciliar la tradición pragmática (Dewey) y analítica anglosajona con los postulados neo-románticos del estructuralismo y el post-estructuralismo francés² o con la filosofía de Heidegger la cual, según Rorty, sería especialmente válida para sus propósitos al proponer "lo poético" como camino de reflexión.

Esta elevación filosófica de "lo poético" (es decir, de la experiencia estética) como vehículo adecuado para avanzar en el campo del saber, está directamente relacionada con el hecho de que para el filósofo americano la ciencia no es una vía de conocimiento que permita al ser humano acercarse a la verdad. De este modo, según Rorty el método científico no trata de descubrir (a pesar de lo que la propia ciencia pretende) una realidad "verdadera" y "objetiva", independiente de la mente y el lenguaje, sino que más bien trata tan sólo de "adquirir hábitos de acción para hacer frente a la realidad"³.

Si el método científico está limitado en su alcance y condicionado en sus objetivos a ese mero "adquirir hábitos", es porque finalmente depende del lenguaje y no puede salir de él; conclusión a la que llega Rorty desde el momento en el que establece que todo (incluyendo por supuesto a la ciencia, del mismo modo que a la propia filosofía) debe ser enfocado y repensado a partir del mencionado giro lingüístico, que no es sino la toma en consideración, paulatinamente dominante en Occidente a lo largo del siglo XX, de la importancia del lenguaje. De este modo, y a partir de un determinado momento, el lenguaje dejó de ser concebido como un medio útil para representar la realidad externa a él mismo⁴.

El lenguaje no sería, pues, un medio estructurado de representación, capaz de relacionarnos con el mundo (que tampoco puede ser ya considerado como otra entidad diferenciada del propio lenguaje). De este modo, para Rorty el lenguaje no es un medio de conocimiento del mundo, sino un agente constructor de mundos. Por eso insinúa, en su obra ya citada y titulada expresamente *El giro lingüístico*, una conclusión que aportaría cierta fundamentación filosófica al auge en los EE.UU., primero, y en Europa, después, de la ingeniería social mediante el sometimiento del lenguaje a lo políticamente correcto. Así, en el libro arriba citado, Rorty afirma que el repetidamente mencionado "giro" impone "el

punto de vista de que los problemas filosóficos pueden ser resueltos (o disueltos) reformando el lenguaje".

Finalmente, si la realidad no está dada ni predeterminada fuera del lenguaje, sino que se crea desde el propio lenguaje, esto conlleva que dicha realidad pueda modificarse en su interior, mediante la mencionada "reforma" lingüística. Por eso, arrancando en una inicial toma de conciencia de la importancia del lenguaje, y evolucionando hasta el posterior optimismo sobre la eficacia de su manipulación, mediante los "cultural studies" y lo "políticamente correcto", este giro ha supuesto la entronización en el ámbito cultural occidental de un relativismo ciertamente pernicioso, cuya crítica y desenmascaramiento forman parte del objetivo esencial de este artículo⁵.

La conciencia del lenguaje, desde el siglo XIX a la posmodernidad.

Actualmente, y a partir del triunfo de lo que Rorty ha llamado el giro lingüístico, se considera que el mundo puede ser entendido como un efecto del lenguaje, de tal forma que lo que llamamos realidad no es, en definitiva, sino un mero "efecto del discurso".

Es este, por supuesto, un cambio radical respecto a lo que podemos calificar como planteamientos tradicionales de la filosofía del lenguaje, que se basarían en Platón y Aristóteles, para los cuales siendo lo esencial el pensamiento (la "Idea" en el caso de Platón o las "afecciones del alma" en el de Aristóteles), el lenguaje no sería sino la expresión externa, el revestimiento de algo previo e, incluso, metafísico, es decir de la Idea. De este modo, en la filosofía antigua hay una primacía absoluta del pensamiento sobre el lenguaje.

La configuración clásica, definitiva, de dicho planteamiento filosófico tradicional la proporciona J. Locke, cuando sugiere que la fuente de las ideas (llamadas también "concepciones internas") es la experiencia, dotando así de una base moderna, incluso empírica, a la teoría del conocimiento⁶.

Pero, desde que se instauró dicha concepción clásica hasta aquí, ¿cuál ha sido la evolución que ha sufrido la filosofía occidental, hasta llegar a darle la vuelta completa a ese esquema, poniendo por delante al lenguaje, en relación con el pensamiento, las ideas y la experiencia sensible? La mayoría de los historiadores de la filosofía coinciden en señalar el comienzo del siglo XIX como el inicio de esta "toma de conciencia" respecto a la importancia del lenguaje. En 1805, Wilhelm von Humboldt propuso considerarlo no como una herramienta o instrumento para la expresión del pensamiento ya formado en la mente, sino que pensamiento y lenguaje, o conocimiento y expresión, serían una misma cosa. Sin embargo, aunque para Humboldt el lenguaje no es un medio para decir lo que ya se conoce, sí que es en cambio una forma de descubrir lo desconocido. Estamos todavía lejos del giro lingüístico propiamente dicho.

Más allá de este primer cambio en cuanto a la relación lenguaje-pensamiento, el verdadero origen del contemporáneo concepto sobre la ausencia de un "referente" previo al lenguaje, es decir, el presupuesto de que la realidad no es anterior al discurso, sino que es producto del discurso, puede encontrarse, también en el siglo XIX, en filósofos de la talla de Schopenhauer (por ejemplo, en su propuesta de considerar al mundo como "representación") o, más propiamente en Nietzsche (para quien el hombre está inevitablemente atrapado en la jaula que, para él, es el lenguaje). En efecto, esta es la hipótesis que mantiene Foucault, que atribuyó a Nietzsche la paternidad de este viraje, a partir del cual el lenguaje pasa a ser el punto de partida del filosofar y el pensar. Con

Nietzsche, según Foucault, todo signo es interpretación, de tal modo que no hay significado literal ni propio, sino tan sólo metáforas. Incluso para Nietzsche el lenguaje no sólo no nos sirve para acceder a la verdad, sino que es un vehículo esencial para el engaño. Así, dirá que "la palabra es también una máscara".

Al ir concluyendo el siglo XIX y en los albores del XX, este proceso filosófico se complementa con lo que ocurre en el campo específico de la lingüística, con Ferdinand de Saussure y su *Curso de lingüística general* que, publicado tras su muerte, en 1916, se va a convertir en el punto de partida de los modelos estructuralistas y post-estructuralistas, paradigmas dominantes en gran parte del pensamiento occidental en las últimas décadas del siglo XX.

La toma de conciencia, que tuvo lugar primero en el ámbito de la filosofía y la lingüística, no deja de producirse también en otros registros, más cercanos a la ciencia, al positivismo y al empirismo. Y aquí, en estos otros ámbitos positivistas es donde resulta ser clave la aportación de Frege, que al tiempo que inicia una ontología del lenguaje lo hace en relación con la lógica más pura, dando lugar de este modo a la constitución de una contemporánea filosofía del lenguaje esencialmente lógico-formal, que tendrá su continuación en Russell y, sobre todo, en el Círculo de Viena. Será Frege el que diga: "uno vive del lenguaje como uno respira". El lenguaje, pues, como ecosistema absoluto del hombre.

Esta vía de desarrollo, en el campo de la lógica, de las matemáticas y de las ciencias formales, nos lleva directamente a Wittgenstein, quien completa dicho proceso de toma de conciencia del lenguaje, en estos ámbitos positivistas, cuando señala que el límite que se impone a la realidad de la cual se puede hablar y pensar, no es otro que el que instituyen los "juegos de lenguaje" (Sprachspiele), concluyendo con su célebre: "De lo que no se puede hablar, lo mejor es callarse".

Para Wittgenstein pensar no es teorizar acerca del mundo, sino ya, directamente, el estudio de los juegos de lenguaje. Esta línea se irá ramificando en diferentes direcciones, por ejemplo, dando lugar a una nueva epistemología, de tal modo que si, por un lado, curiosamente Wittgenstein propició el desarrollo del neopositivismo lógico y de la filosofía analítica (algo aparentemente muy alejado de la filosofía neo-romántica e irracionalista que desarrolla la otra línea del giro lingüístico, la iniciada por Nietzsche), al mismo tiempo da también origen a la llamada posmodernidad filosófica, que llevará hasta el extremo estos postulados. Así, para Lyotard cada juego de lenguaje tiene sus propias reglas y no hay reglas comunes, pues la posmodernidad se caracteriza, precisamente, por lo que él denomina "crisis de los metarrelatos legitimantes". Después, con Vattimo, iremos más lejos aún, pues según él cada juego de lenguaje sólo puede interpretarse desde una cultura determinada. Para Vattimo no hay *logos* sino *logoi* (los *logoi* de cada cultura, en particular). Imposibilidad, por tanto, de todo valor universal.

Pero algo tienen en común las dos derivas post-wittgensteinianas (esas dos líneas de desarrollo de sus postulados que confluyen, por cierto, en Rorty: la del neopositivismo lógico y la filosofía analítica, por una parte, y la del pensamiento posmoderno, por otra), ya que para ambas los límites del conocimiento y de la interacción con la realidad los marcan los juegos del lenguaje: hasta donde llega el juego de lenguaje llega el mundo de cada uno. Pero si para el neopositivismo en el interior de ese universo lingüístico es posible encontrar un lenguaje común (el de las formalizaciones de la lógica y de las

matemáticas), para el pensamiento más irracionalista y posmoderno, cada persona es un mundo, no existe el mundo, la realidad o la verdad como algo completo o común, de tal modo que sólo queda, como puesta en común, un indefinido, e insustancial, "diálogo".

Finalmente, ya en las últimas décadas del siglo XX, todas estas corrientes filosóficas, lingüísticas y lógicas, confluyen dando lugar al relativismo propiamente dicho, en tanto que cultura dominante, ejemplificado en autores como Paul Feyerabend, en el que las influencias que van conformando su pensamiento son enormemente significativas, ya que después de formarse en el empirismo lógico y en la epistemología positivista, siguiendo los postulados de Popper, se apoyará más tarde en Kierkegaard y en los filósofos románticos, para negar la racionalidad del mundo, señalando que no existen fronteras entre la ciencia, el arte y los mitos. Feyerabend, en sus últimos escritos de los años 80, pretende dejar constancia de cómo la razón y la ciencia no son nada más que "juegos de poder", equivalentes a sistemas de creencias como la astrología o el curanderismo⁷.

El problema de la verdad en un universo tautológico

En resumen, si aceptamos los postulados de lo que venimos llamando el giro lingüístico (en las dos corrientes que hemos caracterizado en su interior), nos encontraríamos en un universo tautológico, en el que el mundo es un efecto del discurso y su interpretación no es sino otro efecto de ese mismo discurso.

Si esto es así, cabe únicamente reflexionar sobre los requisitos necesarios para que los juegos de lenguaje se realicen correctamente. Es decir, para que sean "verdaderos", pero en el sentido que da a esta palabra la lógica formal. Por eso, desde Frege en adelante, y pasando por Wittgenstein, se ha desarrollado un concepto de "verdad" que es meramente formal y lógico, pues no admite la existencia de "hechos" situados fuera de los límites del lenguaje.

En este sentido, y desde un punto de vista filosófico, podemos decir que para el pensamiento posmoderno los llamados "hechos" no son la Cosa-en-sí (Das Ding) de Kant, sino tan sólo la cosa-para-mí; es decir que los "hechos" no serían nada más que conceptos, categorías abstractas, y por tanto, de nuevo, signos, por lo cual la llamada "objetividad fáctica", la que se basa en los hechos, incurriría así, de nuevo, en una tautológica, pues nos encontramos con signos que remiten a su vez a otros signos: si el discurso está hecho de significantes, los propios hechos no son otra cosa, a su vez, que significantes. "No hay más hechos que los del lenguaje", podría ser la fórmula que define esta posición frente a la pretendida objetividad fáctica de la ciencia empírica.

Esta es, desde luego, la posición en la que se fundamenta el relativismo posmoderno, pues si los hechos son iguales a los signos, y dado que los signos son, por definición, artificiales y arbitrarios, la "verdad objetiva" no es nada más que un efecto arbitrario del lenguaje; una verdad que puede sustentarse y comprobarse, exclusivamente, mediante el análisis del propio lenguaje en su manifestación más formal y matemática. De este modo, sólo las reglas de la lógica y el estudio de sus propias falacias pueden servirnos como orientación en el campo de esta "verdad", meramente formal y tautológica.

Ahora bien, existen, como hemos venido sugiriendo, al menos dos líneas dentro de la teoría del giro lingüístico, que Rorty intentó de alguna forma integrar (aunque en nuestra opinión no lo llegó a lograr). Estas dos posiciones pueden emerger ante nosotros,

manifestando así sus diferencias, si las confrontamos con la distinción que, desde el punto de vista lingüístico, cabe establecer en el discurso entre el enunciado y la enunciación.

Para la corriente neopositivista lógica, que se sitúa del lado de las matemáticas⁸, la enunciación simplemente es un efecto más del lenguaje, ya que la búsqueda de "verdad" (lógica y "fáctica", pero esta última siempre que consideremos al hecho como hecho de lenguaje) debe hacerse a costa de obtener la objetividad máxima, que supone el borrado no sólo del yo enunciadador, autónomo, sino del sujeto y, finalmente, de la enunciación misma. La ciencia, entendida aquí en su aspecto más formal y formalizable, sería por tanto un intento de eludir a toda costa la contaminación que provoca el sujeto, de tal modo que la consecuencia final no sería otra que su borrado, para, así, lograr la objetividad necesaria.

El borrado del sujeto es, por tanto, una condición de partida para que los juegos de lenguaje puedan ser construidos y analizados desde la llamada objetividad lógica, por la cual, el discurso que construye la ciencia es necesariamente abstracto, hipercodificado, transparente y con exclusión del sujeto.

Sin embargo, para la otra corriente del giro, la neo-romántica y postestructuralista, la enunciación juega un papel esencial en los hechos de lenguaje. Y lo hace, precisamente, porque la enunciación es contaminante y está contaminada, inevitablemente, por la "sujetividad", por ese sujeto que enuncia y, además, por el lugar (de poder) desde el que se enuncia.

Según un desarrollo, que ha tenido mucho éxito, de la conocida "teoría de la sospecha" de Paul Ricoeur⁹, los condicionantes determinantes de todo acto enunciativo provienen o bien de la ideología (como descubrió Marx), o del resentimiento (Nietzsche) o del inconsciente (como sugirió Freud pero, sobre todo, desarrolló Lacan). No hay tampoco lugar para una verdad común, pues cada enunciado está contaminado (ideológicamente, por voluntad de poder o por el no-saber inconsciente) desde la enunciación.

Objetivismo que anula al sujeto, o subjetivismo que extrema su posición contaminante; la que sale malparada, una vez más, es la verdad, una verdad fehaciente y comprobable.

En resumen, si bien se ha hecho una acerada crítica a la ciencia empírica desde el ámbito del pensamiento posmoderno, crítica compartida tanto a partir de su corriente neopositivista como desde la estructuralista, y que ha consistido en señalar cómo las llamadas "verdades objetivas" que produciría el método científico, a partir de hechos comprobados, externos y ajenos al lenguaje (es decir, conocidos a través del método empírico) no son sino, finalmente, evidentes efectos del propio discurso científico; también hay que señalar que, al hilo de la mencionada "teoría de la sospecha", la corriente más neo-romántica plantea, además, que todo enunciado científico estaría asimismo condicionado, a pesar de su presunción de objetividad, tanto por sus sobredeterminaciones ideológicas como por la voluntad de poder del que enuncia, que son inevitables e ineludibles.

De este modo, si el ámbito subjetivo es el campo del error, del equívoco, de la mentira (manifiesta), debido a su inevitable contaminación subjetivista (en esto coinciden todas las corrientes del giro lingüístico, entre sí y, además y por si fuera poco, con los postulados de la ciencia empírica); para el relativismo posmoderno más acentuadamente irracionalista el ámbito objetivo es también el terreno de la mentira, en este caso encubierta, bajo la manipulación de una aparente verdad que ofrece la llamada objetividad lógica y/o fáctica.

Así, llegamos a la fórmula definitiva del relativismo posmoderno, según la cual verdad es igual a mentira. Como dijo el famoso semiólogo Umberto Eco, en ocurrencia muy celebrada desde entonces, "el lenguaje sirve para mentir", señalando así la diferencia entre el significante humano y la señal que emiten los animales, condenada, según Eco, a decir siempre la verdad. Y es que para el pensamiento posmoderno, la subjetividad, propia del animal que habla, del animal metafísico, se define ante todo por su capacidad para mentir.

Posmodernidad y relativismo: consideraciones de actualidad

Este ambiente cultural, relativista, explicaría la emergencia de fenómenos políticos y sociales tan característicos de la posmodernidad como puede ser el auge del nacionalismo¹⁰. En efecto, si admitimos el supuesto de que la historia es un discurso sobre los hechos del pasado, y estos no son nada más que "hechos de lenguaje", el nacionalismo está autorizado a manejar y manipular muy bien esos meros significantes, con total desparpajo político.

A modo de ejemplo, que ilustra lo que decimos, podemos considerar la declaración del candidato nacionalista Artur Mas, en las elecciones autonómicas de Cataluña de noviembre de 2006, ante la tumba de Wifredo el Velloso, aludiendo a las leyendas sobre la fundación de la nación catalana: "Su inexactitud histórica no las hace menos valiosas o menos ciertas, todo lo contrario" .

Es este un tipo de fenómeno que se puede localizar también en relación con la función que cumplen los periódicos y, en general, todos los medios de comunicación contemporáneos. El periodismo viene siendo, desde el siglo XIX, un intento de contar la realidad inmediata a través de los hechos del presente. Hechos, y por tanto, según la ideología dominante, signos, palabras que son relativas. En la actualidad, y pese al supuesto poder de información y al alcance global de los modernos medios de comunicación, asistimos a paradojas como que millones de musulmanes creen que los atentados del 11-S fueron organizados por la CIA, por George Bush (hipótesis que recientemente ha sostenido asimismo, sin ningún rubor, el dictador Fidel Castro), o bien por los judíos; basándose esto último en un bulo según el cual hubo una total "ausencia de trabajadores judíos" en las Torres Gemelas, hipótesis que han sostenido y aún sostienen muchos periódicos de países musulmanes.

Estas interpretaciones irracionales y supersticiosas se mantienen sin complejos en un universo cultural donde, por principio, todo es interpretación y ninguna de ellas debe prevalecer sobre las otras. Además, conviene señalar cómo, a poco que pensemos, podemos encontrar en dichas interpretaciones relativistas un curioso componente paranoico, que es más acentuado en la medida en que cada interpretación en concreto se muestra más marcadamente irracional, y se coloca lo más lejos posible de los hechos comprobados y verificados.

Lo interesante del caso es que este componente paranoico se corrobora con "lecturas" o "análisis" de la "realidad", cuando esta es reducida exclusivamente a su mera condición de discurso. Una "realidad" que, por eso mismo, resulta inmune por completo a los hechos. En la siguiente imagen tenemos un ejemplo de cómo a partir de una "lectura" de determinados signos (en este caso se trata de los significantes que designan a ciertas monedas) se puede obtener una "explicación" de tipo paranoide, que da "significado" a un

acto brutal (los ataques terroristas), dado que estos son hechos en los que sin duda ha habido un "pasaje al acto" (entendiendo por tal lo que puede considerarse, de este modo, desde el punto de vista psicoanalítico: una emergencia de lo real) que literalmente ha impactado en la realidad mediada por el discurso.



Signos monetarios y ataques terroristas

Este ejemplo, en este caso aplicado a la obtención de un significado explicativo banal, viene sin embargo a apuntalar la hipótesis de que ciertas "boutades" de Lacan tenían un trasfondo de certeza; como cuando señalaba que el paranoico es el que está en la "verdad" o que la "realidad" tiene una estructura paranoide. Efectivamente, la realidad sostenida sólo sobre el discurso puede ser descrita de este modo.

Pero esta forma, banalmente posmoderna, relativista y paranoide, de interpretar el mundo, de dar significado a la realidad, concebida toda ella como una sucesión de juegos de lenguaje, se ha ido extendiendo, como cabía esperar, a los ámbitos propios de lo que, otrora, era considerado como la "alta cultura". Por ejemplo en la literatura. Dan Brown en el Prólogo de su célebre libro *El Código Da Vinci* dice lo siguiente: "Hecho: el Priorato de Sión, una sociedad secreta fundada en 1099 en Europa, es una organización que existe realmente". Sin embargo, el hecho demostrado (y verificable) es que fue fundada por Pierre Plantard el 20 de julio de 1956¹¹.

Crítica al relativismo: el contraataque cientifista y racionalista

Pese a su hasta el momento abrumadora hegemonía, tanto cultural como en el ámbito del pensamiento, desde hace unos años se percibe un contraataque, dirigido a poner en cuestión el relativismo y la filosofía del giro lingüístico. Un hito en este sentido ha sido el llamado "escándalo Sokal", iniciado en 1996. Alan Sokal es un científico reputado, profesor de Física en la Universidad de Nueva York. En 1996 publicó el artículo titulado "*Transgrediendo las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica*" en la revista *Social Text*, que en ese momento dirigía el famoso pensador posmoderno, líder de los que podríamos llamar "neo-retóricos" o "nuevos sofistas", Stanley Fish (a su vez, uno de los máximos impulsores en los EE.UU. de los llamados "cultural studies").

En realidad el artículo era un fraude, elaborado conscientemente por Sokal, en lo que él llamó la "Lingua Franca" de los relativistas posmodernos: "un pastiche de jerga izquierdista, reseñas aduladoras, citas grandilocuentes y rotundo sin sentido", que se "apoyaba en las citas más estúpidas que había podido encontrar sobre matemáticas y físicas".

Unos años después, la polémica en los EE.UU. sobre el relativismo posmoderno alcanzó a la figura, tan estimada allí, en los ámbitos académicos, de Michel Foucault. Raymond Tallis señaló en 2001 que Foucault, el cual creía que las "verdades objetivas" son en realidad manifestaciones del poder dominante y que, por tanto, son relativas y

efímeras, cuando se encontraba en 1980 en los EE.UU., en la Universidad de California, no creyó las advertencias que le hicieron algunos colegas sobre una nueva y extraña enfermedad, el sida. Foucault pensó que se trataba de una creación sociolingüística, propia de una "ideología homofóbica".

El pensador y escritor francés, cuyas obras han conocido desde hace años una extraordinaria difusión en las universidades americanas, dominadas, en el campo de las humanidades por los posmodernos "cultural studies", moriría en 1983 de sida; según Raymond Tallis posiblemente contraído como consecuencia de la extraordinaria promiscuidad homosexual que mantuvo durante su estancia en California. Muere además, según Tallis, sin haber avisado antes a sus numerosos amantes de su infección. Aunque, en mi opinión, estos datos biográficos no están del todo demostrados, ni han sido suficientemente contrastados, lo que aquí interesa es la irracional actitud de Foucault ante un hecho, que paulatinamente iba estableciendo la investigación científica.

Esta fase de contraataque contra el relativismo posmoderno ha conocido un hito intelectual importante en el ámbito de expresión en castellano, con la publicación en Argentina, primero, y después en otros países de habla hispana, del último, documentado y contundente (aunque ciertamente discutible) trabajo de Juan José Sebrelli, que ya hemos mencionado². En efecto, en *El olvido de la razón*, Sebrelli lleva acabo una demoledora denuncia del irracionalismo que se esconde en el pensamiento que nosotros hemos caracterizado como del giro lingüístico.

Pero todas estas críticas, desde Sokal a Sebrelli, tienen una limitación común: provienen de un racionalismo chato y decimonónico, que apenas si aporta nuevos argumentos, y cuyo único eje de articulación es la mera denuncia de los excesos (ciertamente grotescos en muchas ocasiones) de la filosofía posmoderna. Lo que nos proponemos a partir de ahora con este artículo es realizar otro tipo de crítica, basada en la teoría del texto y de lo simbólico, que desde hace años se desarrolla en *Trama y Fondo*.

Un más allá del lenguaje

Hasta los más radicales teóricos del giro lingüístico se han planteado qué puede haber más allá de los límites que instaaura el lenguaje. A pesar de que, para ellos, en lugar de la verdad objetiva de los hechos y las cosas del mundo sólo está la auto-reflexividad, el estudio de las condiciones de producción del discurso, sin embargo no han podido dejar de plantear, de un modo u otro, ese más allá que incluso, en un momento determinado, dio lugar a una polémica entre Rorty, Habermas y Foucault.

Si para Habermas, el menos relativista de todos ellos, hay una instancia que no es lenguaje y que es, precisamente, la razón, para Rorty , en cambio, el lenguaje es el determinante total del mundo, y la razón no es sino una forma de lenguaje, quedando entonces como única instancia, fuera del lenguaje, el dolor y el sufrimiento. Por último, para Foucault hay otros determinantes del mundo, además del lenguaje, como pueden ser el deseo o el poder. Dejando ahora de lado la interesante aportación de Habermas, vemos cómo para Rorty y Foucault lo que queda fuera de la supremacía del lenguaje son restos subjetivos, que se nos presentan o bien carentes de todo significado y sentido (el dolor y el sufrimiento) o bien como potenciales contaminantes del discurso, según el significado que antes le hemos dado a este término (como son el deseo y el poder).

Aunque, desde luego, el que manifestó una preocupación más clara por este más allá de los límites del lenguaje fue Wittgenstein, que no dejó de mostrar su atracción por eso "de lo que no se puede hablar", ámbito cuya existencia nunca negó; al contrario, juzgó que era algo muy importante, pero sobre lo que por desgracia había que callarse. Es decir, que el propio lenguaje no permitiría ninguna aproximación a ese mundo oculto, a esa extraña e inaccesible región exterior.

Pero quizá el pensador más interesante del siglo XX, en este aspecto, sea Lacan, cuando propone la existencia de lo que él llama "Lo Real"; si bien podemos sospechar que tomó la idea (sin citar nunca su fuente) de Bataille, a quien por eso podemos considerar como el verdadero artífice del concepto, aunque indudablemente fue Lacan quien lo desarrolló, para sacarle un notable partido, de cara a la construcción de su discurso teórico. Lacan podría haber avanzado enormemente, apartándose del relativismo posmoderno y de la filosofía del giro lingüístico, pero finalmente eligió ser su figura más señera. Pues para Lacan "Lo Real", eso que está más allá del lenguaje y que constituye la materialidad misma del mundo, no sería sino el horror, el caos informe e inaccesible, de tal modo que la única "verdad" que puede asumir el ser humano es la de admitir el sin-sentido, el vacío absoluto que reina en lo real. De este modo podemos explicarnos fórmulas lacanianas como la que define a "la mentira como el deseo más fundamental" (deseo de que haya sentido). Es así como Lacan llegó a convertirse en uno de los pensadores más propiamente posmodernos, entre los que sin duda debe ocupar un lugar de honor, aunque, sorprendentemente, hasta ahora pocas veces haya sido clasificado de este modo.

Apuntes sobre la verdad desde la teoría de lo simbólico

Vamos a dejar de lado la deriva lacaniana¹², para intentar integrar el concepto de lo real en relación con una noción de verdad construida a partir de la teoría de lo simbólico.

Según el concepto de verdad que vamos a manejar¹³, hay que distinguir entre verdad objetiva y verdad subjetiva. La verdad objetiva es la que se sustenta en el método científico y tiene que ver con los enunciados y con el significado. Esta verdad objetiva se subdivide a su vez en verdad fáctica, en la que los enunciados se atienen a los hechos, y verdad lógica, que está relacionada más bien con la coherencia discursiva y en ella los enunciados se construyen a partir de deducciones lógicas¹⁴.

Por el contrario, la verdad subjetiva (que no es reconocida como tal por la epistemología cientifista, empirista, positivista y racionalista) tiene que ver con el campo de la experiencia (por ejemplo, con la experiencia estética) y en ella cobran importancia la enunciación y el sentido.

El problema de la verdad objetiva, científica, es que, como acertadamente señaló Nietzsche en *La genealogía de la moral*, se refiere un "sujeto puro de conocimiento, sujeto ajeno a la voluntad, al dolor, al tiempo", es decir que deja de lado las experiencias más intensas del sujeto.

Ahora bien estas experiencias -el dolor, el sufrimiento- pueden ser abordadas mediante el símbolo, es decir la palabra simbólica, en contra de lo que sostiene el pensamiento del giro lingüístico, que las deja abandonadas a un resto tético, situado más allá del lenguaje. La verdad subjetiva, por tanto, está en relación con la palabra, con la promesa (por lo cual va más allá del ámbito del significante, del signo) y su

reconocimiento plantea la existencia de otra forma de saber, basada en la ficción, en el relato.

Esta forma de conocimiento (no científica) es narrativa y ha sido esbozada o sugerida por muchos escritores y artistas, por ejemplo por Thomas Mann, cuando dice que en las buenas obras literarias late lo que él llama el "espíritu de la narración". De este modo, y aunque pueda parecer paradójico, debemos mantener que, en el ámbito de la verdad subjetiva, existe una estrecha relación entre la ficción y la verdad. No siempre claro, sólo cuando la ficción se arriesga a ser obra de arte, a asumir en su seno ese espíritu de la narración.

Podemos así plantear que en la dimensión en la que se despliega la enunciación (que debemos diferenciar de la de los enunciados), la verdad no está intrínsecamente relacionada con los datos provenientes de la realidad empírica, pues una narración literaria es, por esencia, algo ajeno a eso que se ha llamado, ingenuamente, "realismo". Por el contrario, la verdad en el ámbito de la enunciación sí que debe estar estrechamente relacionada, en cambio, con las experiencias subjetivas, de tal modo que en la narración debemos percibir una coherencia simbólica respecto a ellas. Esta es la dimensión simbólica del lenguaje (tal y como lo ha señalado, de nuevo, Jesús González Requena). Por eso el símbolo está relacionado con el relato.

Tenemos, pues, dos métodos para afrontar Lo Real. Uno sería la verdad fáctica, es decir el establecimiento de los hechos. Para eso debemos asumir que el hecho es, de verdad, una "huella de lo real" y no sólo un signo. En este sentido, los mecanismos y salvaguardas de los que se dota el método científico tienen como misión evitar que la "huella de lo real" se contamine ineludiblemente de subjetivismo, impidiendo así su articulación en forma de lenguaje objetivo, que no es otra cosa que el establecimiento del hecho.

El problema es que la ciencia sólo puede enfrentarse a lo real hasta un determinado punto, pues el método empírico está limitado a la gestión de ciertas dosis de lo real, las que dan lugar a lo que hemos convenido en denominar como "huellas", que son eso, indicios, rastros de lo real. Por otra parte, su ventaja es su mayor inconveniente, pues al anular la contaminación subjetivista, tiende a borrar al sujeto en su totalidad, dando lugar a una caracterización del mundo tendencialmente inhumana, poblada de simples e inertes objetos (un mundo alienado y alienante en su total objetivismo).

El desarrollo de la ciencia necesita siempre de un límite (ético) y de un contrapeso o complemento (simbólico). Por eso reivindicamos el otro método de establecimiento de la verdad, que hace referencia al espacio subjetivo, es decir a lo simbólico. El símbolo, concebido en tanto que núcleo mismo de lo real, su roca dura.

En definitiva, la teoría de lo simbólico reconoce, como no podía ser de otro modo, la supremacía del lenguaje, su enorme importancia; pero de entrada sitúa esta toma de conciencia, históricamente, mucho más atrás, en los orígenes del cristianismo, cuando en el evangelio según San Juan se señala que en el principio, en la creación de un mundo habitado por el ser parlante y metafísico, "fue el Verbo".

El verbo, la dimensión sagrada, en tanto que performativa del ser humano, del lenguaje; es la palabra simbólica la que permite enlazar la jaula de signos en la que estamos atrapados (el registro semiótico del lenguaje) con lo real del origen, con lo real del mundo.

Las limitaciones, y posteriores desvaríos, del giro lingüístico, quizá provengan del hecho de que no fue capaz de reconocer en el lenguaje nada más que su registro más puramente semiótico, formal, signifiante; sin haber podido caracterizar por tanto la presencia en él del símbolo. Es decir, de la palabra en tanto que sagrada.

NOTAS

1 - El libro al que nos referimos ha sido publicado en español: Richard RORTY: *El giro lingüístico*. Ed. Paidós, 1998. Sin embargo, según otras fuentes el autor del término fue el lingüista alemán Gustav Berman, pero en todo caso nadie puede negar a Rorty el mérito de haberlo popularizado y, sobre todo, de haberlo desarrollado para, finalmente, haberse servido eficazmente de él.

2 - Una interesante, aunque discutible, reflexión crítica sobre la filosofía contemporánea, recientemente publicada, sitúa al estructuralismo dentro de una corriente general de "irracionalismo" y "antimodernidad" (que negaría tanto a la razón como a los valores universales e ilustrados del humanismo moderno), la cual tendría a sus precursores en los románticos alemanes. Véase Juan José SEBRELLI: *El olvido de la razón*. Ed. Debate, 2007.

3 - En Richard RORTY: *Objetividad, relativismo, verdad*. Ed. Paidós, 1996. Por otra parte hay que reconocer a Rorty sus desvelos por construir una filosofía política liberal, pragmática y sensata, al mismo tiempo coherente con los aspectos "irracionalistas" y "románticos" de sus postulados filosóficos. Para tamaña empresa, Rorty parte del equilibrio reflexivo de John Rawls y adopta a Donald Davidson como el filósofo contemporáneo que, según él, ofrece la mejor explicación posible al problema práctico de la objetividad y la verdad.

4 - Por eso Rorty critica a lo que él llama el "representacionismo", por dogmático y esencialista; ya que según esta concepción clásica del conocimiento, el lenguaje es algo así como un espejo o representación de la realidad.

5 - Este artículo surge a partir de la Ponencia "*Métodos de interpretar el mundo*", que presenté el 10 de noviembre de 2006 en el *IV Congreso Internacional de Análisis Textual*, celebrado en Segovia. Desarrolla sobre todo su primera parte.

6 - John LOCKE: *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Ed. Folio, 2003. Es especialmente interesante el Libro II, Capítulo 1, titulado "*De las ideas en general y de su origen*". Para Locke el lenguaje es una herramienta con la que comunicamos nuestras ideas, que son entidades contenidas en nuestra mente, fruto de nuestra experiencia. Es este, desde luego, el esquema clásico de una teoría del lenguaje.

7 – En su libro *Adiós a la razón*, publicado en 1987, Feyerabend se proclama abiertamente a favor de la “multiculturalidad” o “pluralismo cultural”, teoría según la cual las ideas occidentales no son las mejores ni tampoco el ideal al que debe aspirar la humanidad.

8 – Se coloca del lado, cabría precisar, de la llamada lógica “simbólica”, pero es este un término que, aunque sea de uso común, preferimos reservar para su utilización más adelante, cuando tengamos que hacer referencia a la teoría de lo simbólico que manejamos en *Trama y Fondo*. En ese momento, explicaremos qué entendemos exactamente por “simbólico”. Ahora, sólo podemos precisar que a eso a lo que se refiere la lógica formal preferimos llamarlo signoo, mejor aún, *significante*.

9 – Paul Ricoeur propuso la categoría de “maestros de la sospecha”, en la que incluía a Marx, Nietzsche y Freud, como fundadores de una “hermenéutica basada en la sospecha”. Pero Ricoeur concebía toda interpretación como conflictiva, ya que si por una parte es una manifestación de la sospecha, por otra nos ofrece un sentido sobre lo interpretado (o mejor dicho, lo restaura). Precisamente por esta teoría dual de la interpretación hay que decir que no se quedó, como la mayoría de los seguidores de su propuesta inicial, en la mera concepción paranoide de la eterna sospecha (desveladora de significados ocultos), sino que propuso una hermenéutica de la escucha, que fuera a la búsqueda de un sentido.

10 – Y más en países como España, en el que padecemos desde 2004 a Rodríguez Zapatero, el primer presidente de gobierno explícitamente relativista y posmoderno de Occidente, condición que ha dejado muy clara con frases como la de que “las palabras tienen que estar al servicio de la política”, ya que estas designan conceptos que son “discutidos y discutibles”, de tal modo que los “valores” que rigen una sociedad se determinarían mediante el “diálogo” y el “consenso”: lo correcto sería, simplemente, lo que una mayoría decide. O dicho de otro modo, lo que se decide desde el poder, eso sí, elegido mediante lo que podríamos denominar “juegos democráticos”, como pueden ser la política de alianzas o los pactos post-electorales.

11 – Tal y como puede comprobarse en el *Boletín Oficial de la República Francesa* nº 167, pag. 6731.

12 – Las diferencias entre la teoría que se construye en *Trama y Fondo* y la de Lacan, en relación con lo real, han sido perfectamente caracterizadas por Jesús GONZÁLEZ REQUENA en su artículo “*El texto: tres registros y una dimensión*”, publicado en *Trama y Fondo* nº 1, 1996. En él se señala que “podemos aislar, contra la opinión lacaniana, lo real en el texto, como su materia en tanto que hace resistencia a la forma (. .) y al significante (lo formalizado). (..) La diferenciación del ámbito del lenguaje, entre un registro semiótico y una dimensión simbólica obliga, finalmente, a redefinir la relación de lo simbólico con lo real. Pues si lo semiótico se configura como un orden lógico de inteligibilidad que excluye, por su propia lógica interna, toda inscripción de lo real, lo simbólico, por el contrario, es precisamente ese otro campo de lenguaje, ese lenguaje del inconsciente que marca la vía, que hace surco al encuentro con lo real”.

13 – Para abordar el concepto de verdad nos vamos a basar en el artículo “*Teoría de la verdad*” de Jesús GONZÁLEZ REQUENA, publicado en el nº 14 de la revista *Trama y Fondo*.

14 – Esta es la única “verdad” existente desde el punto de vista del giro lingüístico, como ya hemos analizado, pues tiene que ver con la auto-referencialidad del lenguaje y con sus reglas internas de organización. Puesto que ya la hemos descrito con amplitud, no volveremos a mencionarla en este epígrafe.

Luís Martín Arias (Universidad de Valladolid)